

El nodo

Cinta no fue consciente de cuándo el visitante se sentó frente a ella. Estaba distraída, superponiendo la animación japonesa del teléfono sobre la previsión de temperaturas del tablero de la mesa, la taza de café chisporroteando un boletín de noticias sobre las heladas a volumen mínimo desde el asa. El zumbido del local se confundía con las conversaciones cruzadas y hundió el crujido de unos pantalones ocupando sin permiso el asiento de escay.

- Taza, pide café.

No se sobresaltó tanto por la voz del hombre como por la reacción de la taza vacía, que zumbó mientras en su pantalla central aparecía tres rayas marrones horizontales de las que se desprendían otras tres onduladas y en diagonal que simulaban humo.

- Era la frecuencia correcta. Pero usted no puede sentarse en esta mesa.

Los asientos vibraron por un segundo bajo sus cuerpos, ella no pudo contener el escalofrío, pero el hombre ni se inmutó. Cinta adivinó por su visión periférica como la mampara de la camarera pitaba, admitiendo el pedido.

Su visitante podía tener perfectamente el doble de su edad. No vestía de manera especialmente llamativa, más bien en colores apagados y tristes. Ni siquiera llevaba sombrero o peluca, detalle que le hizo rozarse involuntariamente los rizos rosas de la suya. Estaba claro.

- Es usted un pirata.

El hombre sonrió sin enseñar los dientes. Se le marcaron las arrugas de los ojos y la boca, subrayando la barba de tres días y ocultando el marrón de sus pupilas.

- Claro. Esperabas cuero negro y gafas de sol.
- Esperaba un puntero laser apuntándome a la frente.
- Creo que eso sólo pasa en los holovideos. Mesa, cambia a frecuencia de seguridad.

La pantalla parpadeó bajo las manos de Cinta, el batido de chocolate bailó en ondas dentro de su taza y el pedazo de pastel de manzana se tambaleó sobre el plato.

Se giró y vio como la mampara de la camarera se deslizaba. La mujer empezó a moverse sobre la cinta transportadora, portando en la bandeja de cadera varios pedidos además del de su visitante. Llevaba un visor de contabilidad, modelo amarillo, sobre el ojo derecho, por lo que gesticulaba en el aire con movimientos sin mucho sentido para el observador externo. Seguramente lo estaba usando para algo no relacionado con el trabajo, con muy poco recato.

En la mesa empezaron a enlazarse letras en desorden. Algunas parpadeaban. Cinta empezó a contar para reconocer la secuencia.

- No es pirata, es policía.

El visitante se sacaba en ese momento de la chaqueta un visor de seguridad, modelo azul. Se lo colocó sobre el ojo derecho. Sonrió de nuevo. Cinta tenía la boca abierta, en un gesto de asombro que no intentó ocultar.

- ¿Nunca se ha sentado uno contigo? ¿Ningún agente te ha parado en el norrail y te ha pedido el contenido tu marcador de reputación virtual, o te ha apagado la pantalla de tu asiento? Supongo que por eso tu puntuación es tan buena.

El visor se le quedó fijo a la primera y empezó a listar líneas de código de manera visible para Cinta. La había secuenciado a la primera.

- Para esto sí que esperaba cuero negro y gafas de sol –admitió.
- Eso sólo pasa en los holovideos, o eso me han dicho –se dio un golpecito en el visor–. Suelta el teléfono, por favor.

En ese momento se dio cuenta de que la animación japonesa seguía bailando en su mano izquierda, intentando en vano combinarse con la programación del pedido de los cubiertos y el código ternario de la policía en el tapete.

La camarera había pasado ya por dos mesas y su bandeja de cadera se tambaleaba mucho menos que al principio. El chirrido de la cinta transportadora la depositó junto a ellos con un cimbreo un poco más acusado de lo habitual, que obligó a la mujer a reajustarse la cofia y la peluca en un mismo movimiento.

Cinta dejó el teléfono en pausa sobre la pantalla de la mesa al mismo tiempo que la camarera servía la taza del policía.

- ¿La misma cuenta? –consultó la mujer, mecánicamente.
- No. Combine con la programación de la mesa, y recargué los pagos previos de pedidos de esta tarde a la misma dirección –avisó el visitante.

La camarera obedeció con cierta desgana hasta que el código ternario saltó a su visor, Cinta supuso que interrumpiendo la combinativa de la cuenta y el culebrón de la tarde.

- Señor –respondió la mujer, apenas disimulando que tragaba saliva.
- Continúe con su trabajo, ciudadana.
- Gracias.

Cuando el runrún de la cinta transportadora se la llevó, el visitante retomó la conversación.

- Así es más fácil. ¿Te parece si abrimos la ventana?
- Claro.
- Da la orden tú, estoy listando.

Cinta carraspeó y se giró hacia la pantalla blanca a su izquierda.

- Quiero ver el exterior.

El color blanco se volvió líquido y comenzó a escurrirse por la esquina situada junto al asiento de Cinta, haciéndola revolverse sobre su lugar y crujir el escay.

- ¿Te pone nerviosa el exterior? No es para tanto.

El visitante seguía listando. Movía los dedos como si separase folios en el aire, aunque Cinta podía rellenar los huecos con el historial de la mesa. Estaban la mayoría de sus consumiciones de los últimos tres meses, además de las del resto de cliente de asociados, pero sobre todo se encontraban las entradas de líneas desde el exterior, desde programación de dibujos animados hasta previsiones meteorológicas pasando por consultas de cuentas bancarias.

- No es por el exterior.

La calle estaba casi tan blanca como la pantalla. Se podían distinguir las paredes de los edificios de enfrente, el arco –cuyo suelo estaba en modo translúcido y sólo permitía distinguir sombras de pies– y los transeúntes del exterior, arrastrándose a paso corto como enormes sacos blindados en algodón, caminando entre la nieve y la ventisca. De vez en cuando entre ellos cruzaban las luces de algún vehículo, y mucho más arriba del arco de comunicación se adivinaban las luces naranjas del norrail. Cinta creyó poder distinguir su zumbido familiar, pero sabía que era sólo su imaginación.

- Tenías puesta la previsión meteorológica, ¿verdad? Es casi tu última consulta. ¿Hace cuánto que no sales?
- ¿Eso importa para localizar al pirata?

El visitante sonrió.

- ¿Cómo sabes que hay un pirata?

Cinta seguía mirando hacia la ventana. Uno de los caminantes exteriores se giró, sorprendido de encontrar un cristal transparente, y apoyó una mano sobre él, casi a la altura de la cara de ella, haciéndola retroceder.

- No lo hagas –el visitante la cortó a medio gesto de bloquear la pantalla.

- ¿Por qué?

El caminante dio un toquecito con los nudillos. Sólo se le veían los ojos entre capas de gorros y pasamontañas, así que era imposible estar segura de que era un gesto amistoso o una amenaza.

- Ya se irá. Mírame a mi –obedeció, para encontrar que él sí sonreía, a su manera–. Pareces estar muy segura de cómo funciona un pirata.

Cinta arqueó una ceja, por primera vez.

- Como todo el mundo. Ha usado mi conexión a la mesa, ¿no?

El visitante hizo un gesto en el aire. Su visor se apagó y sobre la mesa se dibujó un mapamundi y el nombre de una red desconocida para Cinta.

- Enfoca a la ciudad. Busca el núcleo más grande que pueda incluir a la cafetería y a la megaestructura de la Universidad.

Cinta enmarcó la Península con un guiño. Luego el zoom de la red cayó a plomo sobre la costa.

- ¿Va a darme una clase práctica?
- Te preguntas para qué necesito tu colaboración.
- ¿Algo que también sale sólo en los holovideos?

El visitante emitió una carcajada muy breve, un gorgoteo desde el fondo de la garganta, más que una risa.

- Sí, algo más parecido a tu idea del cuero negro. Un pirata, para acceder a la Universidad, necesitaría un enlace físico.
- ¿Esta mesa? ¿Es alguien que se sentó en esta mesa? –Cinta sintió que le temblaba la voz– ¿Cree que soy yo? No. No, no. Vuelva a listar. Mi reputación es perfecta. Mire lo que necesite, incluso el archivo encriptado en código hexadecimal del teléfono. Si me identifica como pirata me quedará desconectada, aunque crea que luego se podrá limpiar el código, perderé la beca y...
- Tranquila. Para empezar, sé lo que hay en ese archivo y no es relevante para una investigación de este tipo. Tranquila. Sé que no eres un pirata. Tu reputación virtual era la única lo suficientemente limpia. Amplía sobre la Universidad y baja a la cafetería. Quiero que busques una ubicación concreta con tu identificación porque el mío es muy fácil de detectar cuando se ha buceado en tantos objetos, ¿de acuerdo?

Cinta asintió con la cabeza y empezó a centrar el zoom, descartando los barrios de la periferia y cayendo poco a poco sobre la Universidad. A medida que la sensibilidad de la red aumentaba, empezaban a aparecer puntos de luz a lo largo de la ciudad, con un gran sensor verde marcando el centro del Rectorado y otros más pequeños a juego las diferentes facultades.

- ¿Ves los coches, Cinta?

Oír su nombre en la boca del hombre la puso un poco más nerviosa. Acababa de comprender que el mapa variaba su focalización a medida que se acercaba y cuando estuviese lo suficientemente cerca listaría todos los dispositivos a su alrededor, no sólo las farolas o los nodos de las calles como hasta ahora. Habría tantas pequeñas luces que le iba a costar mucho dirigir la búsqueda.

- No estoy mirando ahora mismo.
- Pero si se parasen de repente, como ahora la pantalla es transparente, lo notarías, ¿verdad?
- Necesita ver la calle por si hay un atentado... ¿Va a haber un atentado desde la cafetería?

Los nodos ya eran un auténtico enjambre y tenía que afinar bastante para centrarse en el arco central y poder acceder a la cafetería. Había apretado los labios y asomaba ligeramente la punta de la lengua entre ellos, completamente volcada sobre la mesa.

Cada implante personal era un chispazo sobre el radar de la pantalla, y los alumnos más jóvenes o que venían de intercambio desde el norte podían llevar más de una docena. Cinta paladeó el hecho de ser un poco vieja por portar sólo el paquete básico de comunicación, pero un salto de cinco años era suficiente para quedarse atrás.

- No, no va a haber ningún atentado. Pero sería posible si hubiese una brecha, ¿verdad? Lo más fácil sería tener el visor de la camarera o usar su mampara de seguridad, pero desde esta mesa bastaría. Aunque no seas capaz, comprendes la mecánica.
- Sí.
- Bien. Focaliza esta mesa exactamente.

El zoom se detuvo. Se observó a sí misma como una sombra parpadeante en rosa, y al visitante como un vacío azul que aparecía sin categorizar.

- No lo entiendo.
- Sería un poco aburrido si se nos pudiese listar, ¿no? No habría persecución posible.
- No me refiero a eso.

El visitante se volcó sobre el tapete.

- Ya puedes apartarte.

Posó un dedo sobre el mapa, ya convertido en cámara espía, e hizo rotar el objetivo sobrevolando las mesas cercanas.

- No te gusta mirar al exterior porque te recuerda a la Guerra, ¿no es así?

Cinta tragó saliva.

- Sí.
- La Universidad tiene uno de los bloqueadores más potentes de Europa Occidental, así que una segunda oleada como la de septiembre no la afectaría.
- Excepto si entra un pirata.

El visitante se rascó la barbilla con dos dedos y observó a los caminantes del exterior. El molesto golpeador de cristales se había marchado hacia un buen rato.

- Es posible. Me refería que no debes tener miedo. Los cambios en el tiempo pasarán en un par de meses. Verás la playa.
- He oído... He oído que en los campos de nieve del Mediterráneo disparan a la gente sin tierra... Dicen que...

El visitante levantó una mano. Había perdido su expresión de ligera sonrisa constante.

- Es evidente que no me ocupo de esas cosas. Y si lo hiciese, no te contestaría.
- Lo siento.
- No tienes que disculparte. Ahora sólo necesito que sigas con lo que estabas haciendo. Me tomará un rato, pero voy a utilizar tu reputación virtual. Dejaré código ternario de la policía a su paso para que el rastreador no te resté puntos, ¿de acuerdo? Incluso encriptaré otro lazo sobre el archivo hexadecimal para devolverte el favor.

Cinta fue consciente, en frío, de que el archivo había pasado por el visor azul y no pudo evitar enrojecer hasta la punta de la nariz. Se estiró sobre su asiento de escay e intentó vislumbrar los movimientos de la pantalla de la mesa.

- Yo me acabaré el batido –sugirió el visitante.

Bufó. Dio un pequeño buche a la taza. Observó la mampara. Podría jurar que desde que la camarera regresó de su última ronda no se habían vuelto a recibir pedidos. Quizás lo que estaban haciendo desde la mesa estaba bloqueando los diferentes puertos. Echó un vistazo mal disimulado a los movimientos del visitante.

- Es la mesa de enfrente –comentó–. El chico de la izquierda está en una de mis clases.

Se encontró con el visor azul mirándola directamente y el ceño fruncido del hombre.

- No es que no puedas mirar, pero preferiría que no comentases.
- No creo que sea el pirata... Es un poco lerdo... Aunque quizás lo haga por disimular...
- Hace un segundo temías perder tu beca si se te reseteaba la reputación virtual y la central dejaba de admitirte. Eres consciente de que estos movimientos son muy serios.

El tono fue lo suficientemente seco como para Cinta decidiese echarse hacia atrás sobre el respaldo, dejando crujir el escay. No había soltado la taza, así que dio otro sorbo al batido.

Fuera un coche había estacionado en el lado de la calle de su cristalera. Tenerlo tan cerca y ser consciente de ello le devolvió todo su nerviosismo. Tecléo por inercia una canción. Estaba empezando a tararear cuando el visitante la cortó.

- Voy a contarte una historia. Veamos si así te estás quieta –en el tapete se sucedían imágenes de la mesa y la mampara demasiado rápido para que Cinta procesase su utilidad–. ¿Sabes cuándo empezó a ser necesario mi trabajo?
- ¿Cuándo empezaron a existir los piratas?

La cabeza inclinada del visitante se sacudió en una de sus carcajadas breves y ahogadas.

- Más o menos. Antes los especialistas en delitos informáticos trabajaban de manera muy diferente. Creo que cuando los coches empezaron a avisar a las gasolineras de la cantidad exacta de combustible que necesitaban con varios kilómetros de antelación sin que nadie pulsase un botón o abriese la boca, ese fue el momento.
- ¿Gasolineras? –soltó la taza, con apenas un poso de batido en el fondo.
- Me olvidaba de lo joven que eres. No tengo tiempo de explicarte cada detalle...

La pantalla saltaba sobre las cabezas de un grupo de seis tertulianos que bebían café y comían brownies. Sus reputaciones no parecían muy buenas, alternaban el gris y el marrón oscuro en sus avatares.

- A esos no los conozco. Pintan mal.
- Demasiado porno.

Cinta dio un respingo.

- Ellos. Porno del ilegal. Dejaré una marca para que los investigue delitos sexuales –respondía sin levantar la vista–. ¿Cómo controlamos que cualquiera no navegue por cualquier parte si cuando entras en una habitación te conectas automáticamente con cerca de cinco mil nodos?
- Con la reputación virtual, claro.
- Claro. Pero la reputación virtual es un algoritmo. ¿Sabes el año en que se creó?
- No...
- Nadie de tu edad lo sabe. Cuidado.

Las luces del coche aparcado junto a la ventana se encendieron todas a la vez, lanzando un fognazo sobre el interior de la cafetería que la iluminación local trató de compensar atenuándose. Un rumor de sorpresa recorrió las mesas e hizo que algunas cabezas se girasen hacia ellos.

- Dios.
- Es normal. Esto está lleno de trampas.
- Nos están mirando.
- Ignóralos. O no. Lo que te apetezca.

La familiaridad con la que la trataba el visitante seguía siendo desconcertante.

El chico lerdito de la izquierda intercambia una mirada con Cinta. Llevaba una peluca verde y lisa. Era mono. Se preguntó si pensaría que el visitante era algún tipo de relación romántica suya, pero la extrañeza de las actitudes debía ser evidente. O no, el chico llevaba cascos y dos visores, quizás ni siquiera la veía y era un hikikomori extremo. En la Universidad había al menos dos hermandades y él parecía lo suficientemente joven.

- Sí que sabrás cuando fue el primer gran ataque informático.
- No estudio Historia. Sé que el Gran Colapso provocó la nueva tanda de poderes, porque la policía necesitaba...
- 'La Doctrina de Acceso Suficiente' –cito el visitante–. Los holovideos de cuero negro que has visto se basan en eso.
- ¿Por qué quiere el pirata mi mesa?

En el exterior, los propietarios del coche, dos monigotes asexuados bajo sus capas de abrigo, trataban de pedir ayuda a otros transeúntes para arrástralo junto a la boca eléctrica más cercana, que señalaban con grandes aspavientos. Cinta supuso que la descarga había vaciado sus baterías.

- Cualquiera vendría por lo mismo que yo: tu reputación. Es la mejor mesa, sólo os deja conectar a los clientes muy inofensivos.
- ¿Es un halago?
- Algo así. La mesa de tus seis desconocidos está junto al baño y bajo una columna eléctrica de las pesadas. Permite conectarse a consumidores de porno ilegal para que así la ocupe alguien. Ni siquiera creo que se conozcan entre sí. Alguien debería advertir a la cadena dueña de la cafetería de que no es la mejor política.
- Rellenan huecos de rentabilidad... ¿Qué le importa eso a un policía?

Él levantó un poco la cabeza, para mirarla de reojo.

- ¿Te importa a ti?
- ¿Qué?
- Que si te importa.
- Lo he entendido. ¿Qué más da que me importe? ¿Qué mesas estás mirando ahora?

La cinta transportadora se encendió sola, sin camarera ni clientes. Empezó a rodar a velocidad normal y luego aumentó de golpe al máximo. El zumbido se convirtió en un chirrido agudo y cortante.

- ¿Es el pirata? ¿Eso es el pirata? ¿Por qué hace eso?

Los murmullos de las mesas aumentaron. Las persianas metálicas de las puertas cayeron y luego se volvieron a levantar. Se escuchó un golpe seco desde el fondo de la mampara. La cinta transportadora se detuvo en seco y humeó levemente.

- Estás levantando la voz.

En el exterior, sin que la ventisca remitiera, al menos tres personas se habían unido a los dueños del coche. Trataban de empujarlo sobre la nieve, luchando contra el viento. Sólo eran unos metros, Cinta no podía oír nada, pero suponía que el colchón de litio debía estar chirriando contra la calzada.

- Haz que pare.
- Son las trampas del sistema, necesitare un rato, hasta que encuentre la vía. Alguien se encargará.

La camarera golpeaba la mampara desde dentro.

- Eso era para que se sintiese segura y ahora está atrapada dentro.
- Como todos. Me temo que habrá alguna sorpresa en las cuentas bancarias por las que voy dejando rastro, pero nada que no pueda arreglarse.

Cinta emitió un gemido.

- No te preocupes, en la tuya no pasará –el visitante seguía rotando la cámara del mapamundi reducido a la cafetería.

- No entiendo nada.
- No hace falta.

Los voluntariosos caminantes de la ventisca habían conseguido colocar el coche junto a la boca eléctrica y ahora peleaban por abrir la batería delantera. Parecía que la nieve había aumentado y los movimientos de los muñecos blindados de algodón eran mucho más torpes.

- ¿Qué les pasa?

El visitante se irguió, girando hacia la ventana. Se quitó el visor azul.

- El tiempo empeora. Puede que se trate de otro ataque.

Continuaba con el ceño fruncido. Miró a Cinta.

- Lo siento –carraspeó–. Ventanas a ruido negro.

Ya todas las mesas los estaban mirando. Otro murmullo de sorpresa, algún gemido ahogado, recorrieron la cafetería cuando se interrumpieron los programas o se bloqueó la vista para dar paso a una serie indefinida de pantallas en negro. A Cinta la suya le devolvió su propia imagen refractada, casi como un espejo.

- ¿Qué haces?
- Evitar el pánico.

Cinta sintió un golpe sordo, muy fuerte, al otro lado de la ventana.

- ¿Qué ha pasado?

Supongo que algo que los sensores estarán procesando como un atentado menor. Los sistemas de seguridad del Rectorado deben estar compilando información ahora mismo. Suerte que los detectores de movimiento individuales son muy raros y los bloquean los locales de grandes cadenas, o verías multitudes corriendo por el pasillo.

- Pero... pero... lo vas a parar, ¿no?

Él volvió a colocarse el visor.

- Sólo serán unos minutos más.

En un gesto automático, Cinta tecleó en el aire una orden al teléfono. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

- No funciona.
- Si funciona –el visitante aporreaba el tapete mucho más rápido de lo que lo había visto hasta el momento–. Simplemente está recalibrando su código. Respira hondo.

Obedeció sin reflexionar mucho. Ya no escuchaba los golpes de la camarera, pero sí las conversaciones nerviosas y los llantos ahogados del resto de comensales. Tuvo una idea.

- Taza, copia la programación del programa del nodo multipersonal vecino más cercano.

Leyó en voz alta.

- ‘Permanezcan sentados y tengan paciencia’.
- Es un aviso estándar –respondió el visitante–. No lo he activado yo.
- Están ciegos ahora mismo.
- Bueno, no del todo. Estáis conectados entre vosotros.

Cinta empezó a leer la información del chico lerdo pero mono. Necesitaba hacer algo así, aunque sentía un poco de vergüenza. Pensó incluso en mandarle un avance del archivo hexadecimal, o algo así. Para iniciar una conversación.

- Eso es muy molesto.

El visitante chasqueó los dedos en el aire. El chico los miró de reojo y luego fingió que se concentraba, con un giro de cabeza avergonzando, en la programación de su taza, que chisporroteaba conversaciones cruzadas de otras mesas.

- Cinta –ella tembló–. ¿Sabes qué quieren los piratas?

- Dinero.
- No. Esos no hacen tanta algarabía.

El visitante posó la mano sobre el tapete y la pantalla cerró a negro. Las luces se apagaron y pasaron al sistema de emergencia. Ahí, ya por fin, se escaparon los chillidos.

- Sin el mensaje no saben qué hacer, pero tampoco se atreven a levantarse y desobedecerlo, por si sigue vigente.

Las únicas luces eran hileras de bombillas rojas en los laterales de las mesas, los respaldos y la cinta transportadora. Eso, y el visor azul del visitante.

Cinta se sentía mareada. No recibía ninguna señal en absoluto. Le picaba la nuca.

- Si no fueses policía, ¿te acostarías conmigo? –se escuchó preguntar.
- Eres más joven que mi hija –sólo le adivinaba la boca, pero sabía que estaba usando otra vez su sonrisa amable.
- No eres policía.
- ¿Qué quiere un pirata, Cinta? Uno de los que no buscan dinero.
- Volver a las cavernas.

Emitió otra vez su carcajada seca.

- Es una manera de resumirlo. Cuenta hasta tres.

El picor de la nuca se le había extendido a las cuencas de los ojos, le parecía que iba a llorar.

Movió los labios. Uno. Dos. Tres.

Con un zumbido prolongado, las luces normales regresaron, y el ambiente tétrico de la iluminación rojiza desapareció como había llegado. El teléfono de Cinta empezó a emitir la animación japonesa, las ventanas pasaron a blanco roto y las tazas a emitir la predicción del tiempo.

Cinta suspiró de alivio al unísono con el resto de comensales. Incluso escuchó el gemido ahogado de la camarera dentro de su mampara.

El visitante se guardaba el visor de seguridad en el bolsillo interior de la chaqueta.

- Muchas gracias por tu ayuda.
- ¿Ya está? ¿Lo ha detenido? ¿Ha hecho que se vaya el pirata?
- El pirata no volverá a molestarte ni a usar esta mesa.
- Sí que es usted policía.

Sin devolverle una mirada, él se puso en pie y se marchó, pasando sobre la cinta transportadora de un salto.

Ella se giró hacia la ventana, mordiéndose el labio inferior. No estaba segura de si quería saber qué había pasado con el coche. Su teléfono emitió varias líneas de código que tardó en reconocer. El chico lerdo pero mono quería establecer conexión. Su reputación virtual era buena, aunque no tanto como la de ella. Le preguntaba por el archivo hexadecimal.

Sintió un poco de vergüenza, pero ahora comprobaba que el apagón y la recuperación también le habían volcado avances del resto de comensales en su nube particular. Incluso del sexteto del porno ilegal.

Se giró para observar como el visitante se alejaba al paso, evitando los transportes mecánicos de la cafetería y del primer módulo de la estación. Alguien debía haberse dejado las paredes de la intersección en transparencia, o haberlo pedido el propio visitante. Por eso pudo ver como se acercaba al armario robot y se sacaba el visor de la chaqueta. Desde la distancia no parecía azul.

El robot le devolvió dos bultos, uno más grueso que otro y que resultó ser un enorme abrigo. El otro, le pareció distinguir, eran un gorro y unos guantes. Cuando la puerta de la segunda intersección se lo tragó, Cinta creyó que ver colarse virutas de nieve y ventisca,

pero sabía que era su imaginación. El visitante había salido al exterior. No sabía si los policías hacían eso.

Sintió un pinchazo en la base de la nuca y tuvo que girarse hacia la mesa. Todas las pantallas –mobiliario, cubiertos y teléfono– habían pasado al rojo y pitaban. Se giró hacia donde indicaban las pulsaciones. Dos hombres se habían parado junto a la mampara y pulsaban indicaciones en el aire, clausurando las mesas a su alrededor. Llevaban gabardinas negras y gafas de sol. Los cristales derechos eran de color azul y listaban código ilegible para Cinta.

En pocos segundos el runrún transportador los depositó junto a la mesa.

- Señorita –saludaron–. ¿Nos permite su marcador?

Granada, febrero de 2012